

# Más la ternura que el predominio

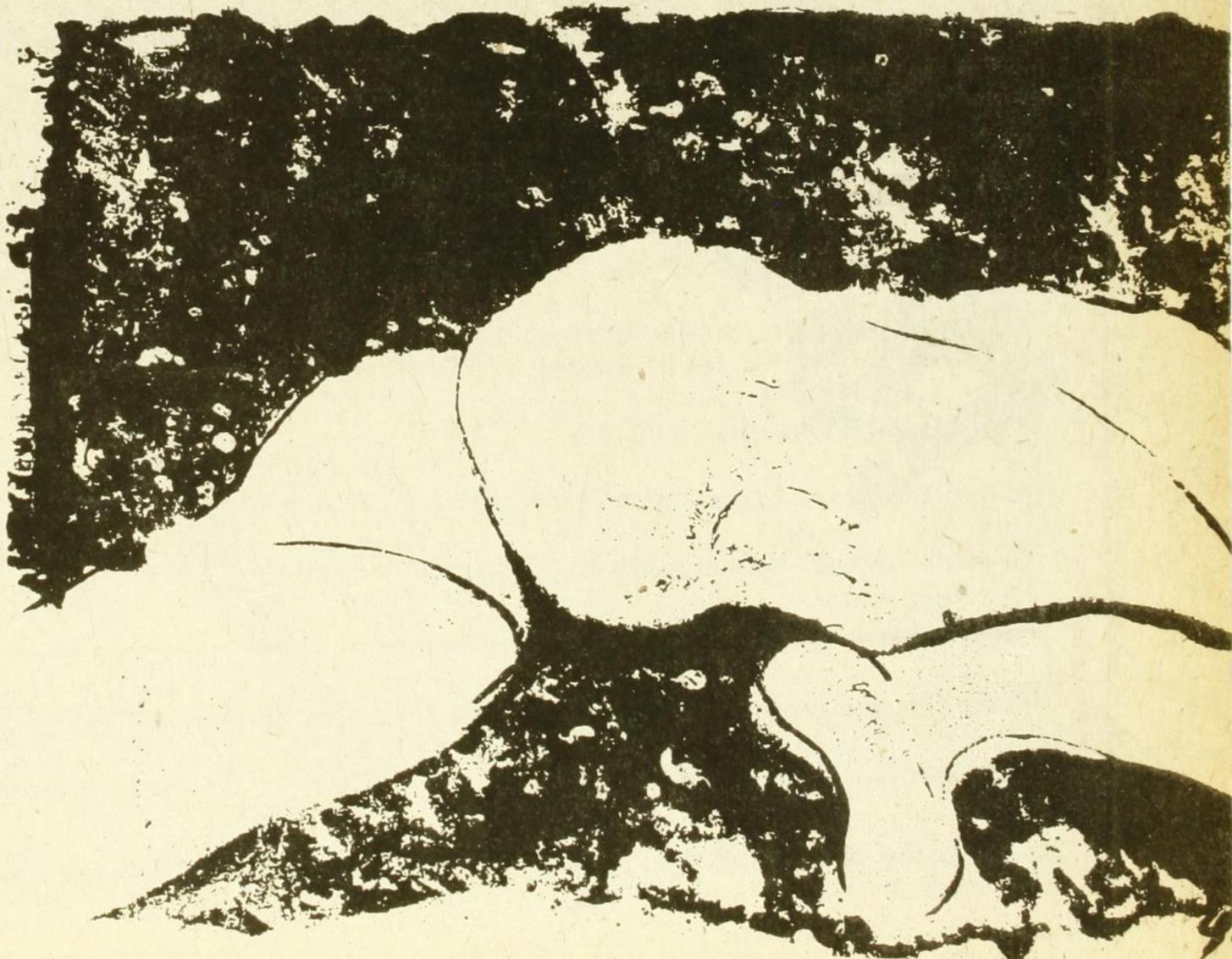
**A** somarse al amor de dos mujeres tratando de develar su misterio o de percibir sus leyes secretas es asistir a una ceremonia después de la cual será otra la inteligencia de las cosas. Para imaginar la escena y crearla como artista hay que haberse situado frente al acto —que es máxima transgresión y que reclamaría armarse de muchas defensas—, con la entrega desvalida y la desnudez que son los atributos del creador y sin los cuales no se veía nada, ni se plasmaría nada. Oscar Urrutia, lanzado sobre la superficie plástica con arrojo, forjando en negros, grises y blancos la forma de la mujer, el sexo de la mujer, el encuentro de mujeres, no sabía tal vez inicialmente lo que tocaba, los alcances de esa materia generosa que se reproducía especularmente hasta el infinito ante sus ojos y cuyas fuerzas y poder de absorción habrían de determinar una línea de exploración, tan perturbadora como su tema mismo.

Con algo de monje y una sabiduría que podría calificarse de oriental por el tipo de búsqueda que la connota —más hedonista que devota de la Razón—, Urrutia quiso captar la esencia del amor femenino, pero decirlo así resulta incompleto y pobre, como decir que quiso ver lo que había dentro de un mecanismo de relojería. Su pregunta primera ha de haber sido filosófica, e implicado un seguimiento; tenía que llegar a una “verdad” y transmutarla en una idea plástica. El objeto de su investigación —debió pensarlo así— requería de la serie, precisamente para poder recibir y volcar en fragmentos, tiempos,

tramos, las vibraciones de una intensa secuencia amorosa en la que los modos eran poco sabidos.

Las amantes —en parejas o solitarias— que salieron de su mano no producían una carga y una descarga libidinal ni se amarraban a los códigos de un sistema, sino que se “arrojaban a los brazos del placer” (para decirlo con una frase literaria de rutina) sin reticencias, abiertas, exaltando hasta la soberbia su condición femenina. Es esa verdad la

que el artista retuvo al componer sus figuras, una verdad frente a la cual supo rendirse, humilde, dispuesto a descubrir en esa forma del deseo un modelo de la relación amorosa: más el reconocimiento del otro que la posesión, más la ternura que el predominio. Intercambio, pues, que el artista traslada a su propia relación con el objeto plástico: percepción de las formas, relevamiento del terreno, apropiación artística de la realidad, ritmo interno objetivado en los trazos y



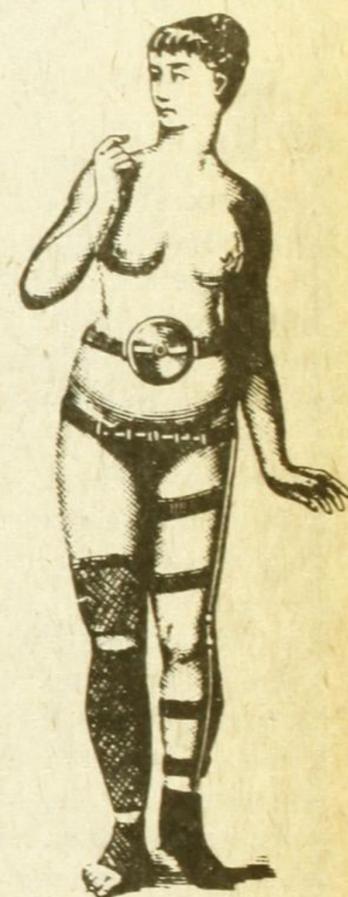
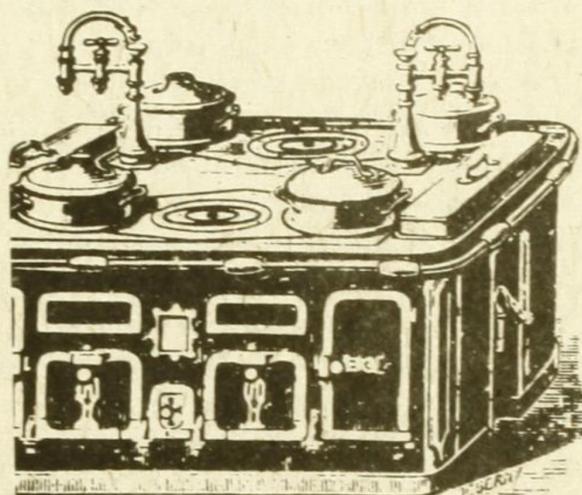
en las variaciones del negro al blanco, composición de una unidad que por su temática (mujer-amor-apertura) aparece "explayada" sobre el papel en un movimiento circular, envolvente y extendido, el propio de la entrega amorosa.

De las mujeres amantes y de la revelación de su encuentro —libertad, mundo aparte, intercambio de los sentidos y de sentidos que duermen el sueño de los castos en los amores más convencionales— el artista llega en otras monotipias a la abstracción. No porque la historia que sus parejas referían cesara de significar, lejos de eso, sino porque esas historias necesitaban, tal vez, ser puntuadas

con núcleos de significación más cerrados, esenciales, si se prefiere, que resumieran el amor y el amor de la mujer, sus encadenamientos y enlaces, en un objeto circunscrito y, al mismo tiempo, proliferante. Allí está, entonces, la serie de sexos-grutas-de-la-especie, con acantilados, convexidades y concavidades, rincones y repliegues, y el centro de atracción cuyos llamados internos nadie podría soslayar, pese al pavor que desencadena, pese al vértigo del hundimiento que provoca. La visión es de adentro y de afuera a la vez. En la descripción está el recinto, un interior que no ofrece sus rasgos "representativos" sino que rescata un

mito de los orígenes: la caverna, el fondo de la vida y el saber, del deseo y la razón, con sus terrores arcaicos y fundantes.

Las mujeres y el amor de las mujeres no son en la obra de Urrutia preámbulo a la aparición del hombre o de lo masculino, sino condición para un concepto de lo erótico en el que nadie triunfa sobre el otro y que aparece unido a una concepción plástica que se abandona a la vocación del cuerpo y del brazo, segura de encontrar la forma, pero ignorando los pasos que llevarán a ella. Como en el arte amatorio



**Claudia Hinojosa.** Periodista. Miembro del grupo de liberación homosexual Lambda.

**Esther Seligson.** Escritora. Autora de *Diálogos con el cuerpo* y *La morada en el tiempo*.

**Augusto Monterroso.** Escritor. Autor, entre otros libros, de *La oveja negra y otras fábulas* y *Lo demás es silencio*.

**Bárbara Amunátegui.** Escritora e investigadora chilena. Reside en México.

**Fabienne Bradu.** Escritora e investigadora. Escribe artículos críticos en *Unomásuno*, *Vuelta*, y otros medios periodísticos y culturales de México. Feminista militante.

**Paula Mabini.** Feminista militante.

**Margo Glantz.** Escritora: narradora y crítica. Autora, entre otros libros, de *Las Genealogías*

**Griselda Alvarez.** Poeta, política, gobernadora del estado de Colima.

**Rosa María Roffiel.** Periodista. Feminista militante.

**Mabel Piccini.** Docente e investigadora de la carrera de Comunicación de la UAM-Xochimilco.

**Paco Ignacio Taibo II.** Escritor.

**Beatriz Aguad.** Psicoanalista.